



Microrrelatos

Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

MARÍA ELENA LORENZIN

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

María Elena Lorenzin (Jáchal, Argentina). Reside desde 1985 en Adelaide, Australia. Licenciada en Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza y doctorada en la Universidad de Flinders, Australia. Ha publicado *Microsueños* (2008) y *Parricidio y otras calamidades* (2018) ambos en Asterión Ediciones. Microrrelatos suyos han sido incluidos en antologías de varios países.

Número 7, pp. 171-173
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

OTRO CUADRO

Para animarla, los amigos le regalaron a Graciela un cuadro de la pintora argentina Florencia Ferraco. El sugestivo título *Going Up* no le hizo mucha gracia; por el contrario, la retrotrajo a aquel insufrible profesor del *to be or no to be* por cuya culpa no pudo terminar el bachillerato. Desde entonces odia a muerte la lengua de Shakespeare en todo contexto.

Tras la pérdida trágica de su único hijo, nada en el mundo consolaba a Graciela. Sumida en una profunda depresión, ir subiendo era lo mismo que ir bajando, y ahora ¡llega el famoso *Going Up* a trastocarle el sueño! Esas manos atadas eran las suyas. O al menos así había comenzado a sentir. No bien despertaba, movía brazos y manos y corría a la sala para cerciorarse de que el cuadro seguía allí y comprobar que sus brazos y sus manos no habían acortado las distancias con las del cuadro. De nada valía la soga estratégicamente añadida para subirlas y rescatarlas del abismo: Graciela no veía más que opresión y tortura en esa imagen que ahora, amalgamada con su propia vida, distaba años luz de la que Ferraco avizoró con su alentadora metáfora *Going up*.



Imagen: ©Florencia Ferraco. *Going Up*. 2008

LAVINIA

A diferencia de otros violadores, este les perdonaba la vida, pero antes las deslenguaba. Un gesto de humanidad, no como esos que después de saciar sus bajos instintos no solo las estrangulan sino que hasta las despedazan como en una carnicería. Él era diferente y se ufanaba de ello. Sin embargo, el Cortalenguas, como pasó a llamársele, muy pronto encontró la horma de su zapato. Las féminas sabían escribir. Acosado por las pistas que lo cercaban, afinó su táctica cercenando las manos de sus víctimas. Él también era culto. Había leído a Shakespeare.



Imagen: ©Florencia Ferraco. *Lavinia*. 2020